

RENÉ DESCARTES



DISCURSO DEL MÉTODO

EDICIÓN BILINGÜE

**Traducción, notas
e introducción:
Mario Caimi**

DISCURSO DEL MÉTODO PARA BIEN DIRIGIR SU RAZÓN¹ Y BUSCAR LA VERDAD EN LAS CIENCIAS

Si este discurso parece demasiado largo para ser leído de una vez, se lo podrá dividir en seis partes. Y en la primera se encontrarán diversas consideraciones referentes a las ciencias. En la segunda, las principales reglas del método que el autor ha investigado. En la 3, algunas de aquellas de la moral que ha extraído de este método. En la 4, las razones por las que prueba la existencia de Dios y del alma humana, que son los fundamentos de su metafísica. En la 5, el orden de las cuestiones de física que ha investigado, y particularmente la explicación del movimiento del corazón y de algunas otras dificultades pertenecientes a la medicina, y además la diferencia que hay entre nuestra alma y la de los animales. Y en la última, qué cosas cree que se requieren para avanzar aún más que él en la investigación de la naturaleza, y cuáles son las razones que lo llevaron a escribir.

PRIMERA PARTE

El buen sentido es la cosa mejor distribuida del mundo: pues cada uno piensa estar tan bien provisto de él, que aun aquellos que son los más difíciles de contentar en toda otra cosa, no suelen desear más del que tienen. En lo cual no es verosímil que todos se engañen; sino que eso prueba, más bien, que la capacidad de juzgar bien, y de distinguir lo verdadero de lo falso, que es propiamente lo que se llama el buen

1. Courcelles: «la razón» (método «recte utendi ratione», AT VI, 540).

sentido o la razón, es igual, por naturaleza, en todos los hombres; y de ese modo, que la diversidad de nuestras opiniones no proviene de que unos sean más razonables que otros, sino únicamente de que conducimos nuestros pensamientos por caminos diferentes, y no consideramos las mismas cosas. Pues no es suficiente tener el ingenio² bueno, sino que lo principal es aplicarlo bien. Las almas más grandes son capaces de los más grandes vicios, tanto como de las mayores virtudes; y aquellos que sólo caminan muy lentamente, si siguen siempre el camino recto, pueden avanzar mucho más que los que corren, y que se alejan de él.

Por lo que a mí respecta, jamás he presumido de que mi ingenio fuese, en nada, más perfecto que el del común de las gentes; y aun he deseado, a menudo, tener el pensamiento tan rápido, o la imaginación tan precisa y distinta, o la memoria tan capaz, o tan presente, como algunos otros. Y no conozco otras cualidades que éstas, que sirvan a la perfección del ingenio: pues por lo que se refiere a la razón, o al sentido, siendo ella la única cosa que nos hace humanos y nos distingue de los animales, quiero creer que está toda entera en cada cual, siguiendo en esto la opinión común de los filósofos, que dicen que sólo hay más y menos en los *accidentes*, pero no entre las *formas*³ o naturalezas de los *individuos* de una misma *especie*.

Pero me atrevo a decir que me parece que he tenido muy buena suerte al haberme encontrado desde mi juventud en ciertos caminos que me han conducido a consideraciones y a máximas con las cuales he elaborado un método, por el cual me parece que tengo el medio de aumentar gradualmente mi conocimiento, y de elevarlo poco a poco al punto más alto

2. Frondizi propone que se emplee la palabra «espíritu» o «entendimiento» en los casos en que nosotros ponemos «ingenio» (Véase su edición del *Discurso*, p. 162, nota 2).

3. Courcelles: «*formas substantiales*», AT VI, 541.

que la mediocridad de mi ingenio y la breve duración de mi vida me permitan alcanzar. Pues he cosechado de él ya tales frutos, que aunque en los juicios que hago sobre mí mismo procuro inclinarme siempre más bien del lado de la desconfianza, que del de la presunción; y aunque, al contemplar con mirada de filósofo las diversas acciones y empresas de los hombres, no encuentre casi ninguna que no me parezca vana e inútil, no dejo de obtener una satisfacción extrema del progreso que pienso haber alcanzado ya en la investigación de la verdad, y de concebir tales esperanzas para lo porvenir, que, si entre las ocupaciones de los hombres en tanto que son puramente hombres, hay alguna que sea firmemente buena e importante, me atrevo a creer que es esta que he elegido.

Sin embargo, podría ser que me engañase, y que lo que tomo por oro y diamantes no sea más que un poco de cobre y de vidrio. Bien sé cuán sujetos estamos a equivocarnos en aquello que nos atañe, y también, cuán sospechosos deben sernos los juicios de nuestros amigos, cuando están a favor de nosotros. Pero me agradaría mucho mostrar, en este discurso, cuáles son los caminos que he seguido, y representar aquí mi vida como en un cuadro, a fin de que cada cual pueda juzgarla; de manera que, conociendo por el rumor público las opiniones que ella merezca, esto sea un nuevo medio de instruirme, que agregaré a aquéllos de los que acostumbro servirme. 4

Mi propósito no es, pues, enseñar aquí el método que cada cual deba seguir para dirigir bien su razón; sino solamente mostrar el modo como traté de conducir la mía. Los que se meten a dar preceptos deben considerarse más prudentes que aquéllos a quienes los dan; y si yerran en la más mínima cosa, merecen por ello el reproche. Pero al proponer este escrito solamente como un relato, o si lo preferís, como una fábula, en la cual, entre algunos ejemplos que se pueden imitar, se encontrarán quizá muchos otros que con razón no serán se-

guidos, espero que será útil a algunos, sin ser dañoso a nadie, y que todos me agradecerán mi franqueza.

Desde la niñez he sido criado en el estudio de las letras, y tenía un deseo extremo de aprenderlas, porque me aseguraban que por medio de ellas se podía adquirir un conocimiento claro y seguro de todo lo que es útil en la vida. Pero tan pronto como hube terminado el curso de los estudios al final del cual uno suele ser admitido en el rango de los doctos, cambié enteramente de opinión. Pues me encontré enredado en tantas dudas y errores, que me parecía que al procurar instruirme no había logrado otra cosa que descubrir más y más mi ignorancia. Y sin embargo estaba en una de las escuelas más célebres de Europa, en la que pensaba que debía haber hombres sabios, si los había en algún lugar de la tierra. Allí había aprendido todo lo que aprendían los otros; e incluso, no contentándome con las ciencias que nos enseñaban, había recorrido cuantos libros pudieron caer en mis manos, acerca de aquellas que se consideran las más curiosas y las más raras. Además, conocía los juicios que los otros hacían sobre mí; y no veía que me estimasen inferior a mis condiscípulos, aunque ya había entre ellos algunos a quienes se destinaba a ocupar los puestos de nuestros maestros. Y por fin, nuestra época me parecía tan floreciente, y tan fértil en buenos ingenios, como cualquiera de las que la precedieron. Esto me animaba a tomarme la libertad de juzgar a los demás por mí mismo, y de pensar que en el mundo no había ninguna doctrina⁴ que fuese tal como me lo habían hecho esperar anteriormente.

No por ello dejaba de estimar los ejercicios que se hacen en las escuelas. Sabía que las lenguas que se aprenden en ellas son necesarias para entender los libros antiguos; que la gentileza de las fábulas despierta el ingenio; que las acciones memorables de las historias lo elevan; y que si se las lee con discreción, ayudan a formar el juicio; que la lectura de todos

4. Courcelles: «scientia», AT VI, 542.

los buenos libros es como una conversación con las personas más distinguidas de los siglos pasados, que han sido sus autores, e incluso como una conversación premeditada, en la cual sólo nos descubren sus mejores pensamientos; que la elocuencia posee fuerzas y bellezas incomparables; que la poesía tiene delicadezas y dulzuras encantadoras; que las matemáticas tienen invenciones muy sutiles, que pueden ser muy útiles tanto para satisfacer a los curiosos, como para facilitar⁵ todas las artes y para disminuir el trabajo de los hombres; que los escritos que tratan de la moral contienen muchas enseñanzas y muchas exhortaciones a la virtud, que son muy provechosas; que la teología enseña a ganar el cielo; que la filosofía suministra el medio de hablar con verosimilitud de todas las cosas, y de hacerse admirar de los menos sabios; que la jurisprudencia, la medicina y las demás ciencias traen honores y riquezas a los que las cultivan; y en fin, que es bueno haber examinado todas las ciencias, aun las más supersticiosas y falsas, para conocer su exacto valor y no dejarse engañar por ellas.

Pero creía haber dedicado ya suficiente tiempo a las lenguas, y aun a la lectura de los libros antiguos, y a sus historias y a sus fábulas. Pues es casi lo mismo conversar con gentes de otros siglos, que viajar. Es bueno saber algo de las costumbres de los diversos pueblos, para juzgar más acertadamente las nuestras, de modo que no pensemos que todo lo que no concuerda con nuestras modas es ridículo y contrario a la razón, como suelen hacer aquellos que no han visto nada. Pero cuando se emplea demasiado tiempo en viajar, uno acaba por volverse extranjero en su propio país; y cuando se tiene demasiada curiosidad por las cosas que se hacían en los tiempos pasados, uno queda ignorante, por lo común, de las cosas que se practican en el presente. Además, las fábulas nos hacen imagi-

5. Frondizi: «simplificar».

nar que son posibles muchos acontecimientos que no lo son⁶; 7 y aun las historias más fieles, si no cambian ni disminuyen el valor de las cosas para hacerlas más dignas de ser leídas, por lo menos omiten casi siempre las circunstancias más bajas y menos ilustres; de donde viene que el resto no se presenta tal como es, y que los que rigen sus costumbres por los ejemplos que toman de ellas están expuestos a caer en las extravagancias de los paladines de nuestras novelas, y a concebir propósitos que sobrepasan sus fuerzas.

Estimaba en mucho la elocuencia, y amaba la poesía; pero pensaba que tanto una como la otra eran dones que poseía el ingenio, más que frutos del estudio. Quienes tienen el razonamiento más sólido y ordenan⁷ mejor sus pensamientos, para hacerlos claros e inteligibles, son siempre más hábiles para persuadir acerca de sus propuestas, aunque no hablen otra lengua que el bretón más vulgar, y no hayan estudiado nunca la retórica. Y quienes conciben las invenciones más agradables, y las saben expresar con mayor ornato y suavidad, no dejarán de ser los mejores poetas, aunque el arte poética les sea desconocida.

Gustaba sobre todo de las matemáticas, por la certeza y la evidencia de sus razones; pero todavía no advertía su verdadero uso, y, pensando que sólo servían para las artes mecánicas, me extrañaba que, siendo tan firmes y sólidos sus fundamentos, no se hubiera construido sobre ellos nada más eleva-

6. Courcelles añade: «invitantque nos hoc pacto vel ad ea suscipienda quae supra vires, vel ad ea speranda quae supra sortem nostram sunt» AT VI, 543.

7. En el original: «digerent», literalmente: «digieren». Gilson («Commentaire historique», en su edición del *Discours*, p. 124) explica que esta palabra tiene un sentido antiguo por el que significa «ordenar». Tal es también una de las acepciones de la palabra latina correspondiente. Courcelles: «quam facillimo ordine disponunt», AT VI, 543.

do. Así como, por el contrario, comparaba los escritos de los antiguos paganos, que tratan de la moral, con palacios muy 8 soberbios y magníficos, contruidos sobre arena y sobre barro. Elevan altamente las virtudes, y las hacen parecer estimables por sobre todas las cosas del mundo; pero no enseñan bastante a conocerlas, y a menudo lo que llaman con un nombre tan bello no es más que insensibilidad, u orgullo, o desesperación, o parricidio.

Veneraba a nuestra teología, y pretendía, como cualquiera, ganar el cielo; pero habiendo aprendido como cosa muy segura, que el camino que allá lleva no está menos abierto a los más ignorantes que a los más doctos, y que las verdades reveladas, que a él conducen, están por encima de nuestra inteligencia, no me habría atrevido a someterlas a la debilidad de mis razonamientos, y pensaba que para emprender con buen éxito su examen era necesario gozar de alguna asistencia extraordinaria del cielo, y ser algo más que un ser humano.

Nada diré de la filosofía, sino que, viendo que ha sido cultivada por los ingenios más excelentes que hayan vivido desde hace muchos siglos, y que a pesar de ello no se encuentra en ella cosa alguna que no esté sujeta a disputa, y que no sea, por tanto, dudosa, no tenía yo la presunción de esperar que acertaría mejor que los demás; y que, al considerar cuántas opiniones diversas puede haber acerca de un mismo asunto, todas sostenidas por personas doctas, aunque jamás pudiese haber más que una sola que fuese verdadera, reputaba casi por falso todo lo que no era más que verosímil.

Luego, por lo que se refiere a las demás ciencias, en la medida en que toman de la filosofía sus principios, juzgaba 9 que no se podía haber construido nada que fuese sólido, sobre fundamentos tan poco firmes. Y ni el honor, ni el provecho que ellas prometen, eran suficientes para incitarme a aprenderlas; porque no me veía, gracias a Dios, en una condición que me obligase a hacer de la ciencia un oficio para

mejorar mi fortuna; y aunque no profesase el menosprecio de la gloria como un cínico, muy poco estimaba la que no esperaba poder adquirir sino con falsos títulos.⁸ Y en fin, por lo que se refiere a las malas doctrinas, pensaba que ya conocía bastante su valor, para no estar expuesto a ser engañado por las promesas de un alquimista, ni por las predicciones de un astrólogo, ni por las imposturas de un mago, ni por los artificios ni la jactancia de alguno de esos que hacen profesión de saber más de lo que saben.

Por eso, tan pronto como estuve en edad de salir de la sujeción de mis preceptores, abandoné por completo el estudio de las letras. Y resolviéndome a no buscar ya otra ciencia más que la que se pudiese encontrar en mí mismo, o bien en el gran libro del mundo, empleé el resto de mi juventud en viajar, en ver cortes y ejércitos, en frecuentar a gentes de diversos humores y condiciones, en recoger diversas experiencias, en ponerme a mí mismo a prueba en los casos que la fortuna me deparaba, y en hacer siempre tales reflexiones sobre las cosas que se presentaban, que pudiese obtener de ellas algún provecho. Porque me parecía que podría encontrar mucha más verdad en los razonamientos que cada uno hace acerca de los asuntos que le conciernen, y cuyo resultado, si ha juzgado mal, debe traerle ¹⁰ enseguida el castigo, que en aquellos que hace un hombre de letras en su gabinete, acerca de especulaciones que no producen efecto alguno,⁹ y que no tienen para él otra consecuencia, salvo que halagarán tanto más su vanidad, cuanto más alejadas estén del sentido común, ya que habrá debido emplear tanto más ingenio y artificio para procurar hacerlas verosímiles. Y yo tenía siempre un deseo vivísimo de aprender a distinguir lo verdadero de lo falso, para ver claro en mis acciones y marchar con seguridad en esta vida.

8. Courcelles añade: «hoc est ob scientiarum non verarum cognitionem» AT VI, 544.

9. Courcelles: «circa entia rationis, aut similia» AT VI, 545.

Es verdad que, mientras no hacía otra cosa que considerar las costumbres de los demás hombres, no encontraba en ellas casi nada seguro,¹⁰ y hallaba casi tanta diversidad como había encontrado antes entre las opiniones de los filósofos. De manera que el mayor provecho que obtenía de ellas era que, al ver muchas cosas que aunque nos parezcan muy extravagantes y ridículas, no dejan de ser comúnmente aceptadas y aprobadas por otros grandes pueblos, aprendía a no creer con demasiada firmeza en nada de aquello que sólo el ejemplo y la costumbre me habían enseñado; y así me libraba poco a poco de muchos errores que pueden ofuscar nuestra luz natural, dejándonos menos capaces de escuchar a la razón. Pero apenas hube empleado algunos años en estudiar así en el libro del mundo y en procurar adquirir alguna experiencia, tomé un día la resolución de estudiar también en mí mismo, y de emplear todas las fuerzas de mi ingenio en la elección de los caminos que debía seguir. Lo que me salió mucho mejor, me 11 parece, que si no me hubiese alejado nunca de mi tierra ni de mis libros.